

Isabel Margarita Ordext
De charla con Vicente Blasco Ibáñez
(*Bohemia*, 18-11-1923, pp. 9 y 22)

Son las cinco de una típica tarde invernal neoyorkina. Bajo el cielo plomizo, el aire seco y cortante pone en su caricia filo de cuchillo, y el corto trayecto que cubre el ancho de la acera es suficiente para hacernos estremecer al penetrar en los amplios salones del McAlpin. Lo dicho, la temperatura del invierno en la América nortea es deliciosa —dentro de la casa.

En su habitación, en el noveno piso, nos aguarda el creador ilustre de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, sin duda la novela sobre la reciente conflagración europea que mayor resonancia ha tenido en el mundo entero.

En la sala de una suite que tiene el carácter sin carácter de toda estancia de hotel, donde nadie se demora lo bastante para imprimirle el sello de su personalidad, charla don Vicente con Miguel de Zárraga, el cultísimo redactor del *Diario de la Marina*; Esther Barkey, la americanita gentil que el año pasado nos visitó, y una bellísima dama que la acompañaba.

Sobre un caballete, la cabeza de don Vicente, serena y plácida, en un lienzo que firma González Camarasa parece contemplar su original, que, sonriente y afable, departe con nosotros.

La charla recae, necesariamente, en su viaje, ese viaje que ha causado tan gran sensación en esta América, que tiene por Mr. Ibáñez la más profunda admiración.

—Saldré el jueves en el *Franconia* —nos dice—, llegando a Cuba el sábado, y de allí prosigo el viaje a Panamá. De Panamá pasamos a Honolulu, dejando después el Hawái por Yokohama, y de allí nos trasladamos a Tokio. Después la China, entrando por Shanghái, de donde iremos a Pekín y a Cantón, la ciudad antigua y sagrada. Entonces, la India, comenzando por Calcutta, y recorriendo Bombay, Delhi y Ceylán. De allí a Suez, y de Suez partiré a recorrer la parte alta y misteriosa del Nilo, por donde pocos viajeros se aventuran, continuando luego por la parte baja, que ya es más frecuentada y conocida. Después regreso al vapor y vamos al Cairo, pasando por la Meca, y del Cairo al principado de Mónaco. Allí tomo el tranvía, y en doce minutos estoy en mi casa en Menton, a los seis meses de haber salido.

Tengo dos automóviles, pero quiero llegar en tranvía, porque me parece más bonito final de mi viaje. El gobernador me habló del recibimiento que me harán a mi regreso, con la banda del pueblo, etc., y yo le dije que ya me verán volver tranquilamente en tranvía, después de dar la vuelta al mundo.

Tengo mando casi absoluto en el vapor. Estuve a verlo y me han dicho que haga todas las indicaciones y dé todas las órdenes que quiera, y viajamos con todo el confort posible porque es el vapor más bonito que he visto. He viajado en otros mayores, pero ninguno tan bonito. Como no lleva carga, el fondo está convertido

en una gran sala de gimnasio, admirablemente equipada, con aparatos movidos por electricidad. Allí hay caballos, camellos, cuanto se pueda desear.

Y el baño pompeyano es una cosa bellísima. Todo en mármol, iluminado con lámparas de puro estilo pompeyano. Es algo digno de verse.

En la excursión va un profesor universitario norteamericano y veinte jóvenes del American Express, que vinieron a saludarme, y van también empleados de la Metro para imprimir una película del viaje, y han insistido en que yo aparezca en las diversas escenas de la cinta.

Me interesa mucho el cinematógrafo, y como se han hecho versiones cinematográficas de varias obras mías y hay muchos en preparación, yo estoy construyendo un salón para proyecciones. Lo dejé comenzado cuando salí, un bello edificio, en mármol blanco, con frisos de naranjos en azulejos de Valencia, y lo encontré terminado a mi regreso, siendo este el séptimo edificio de los que componen mi residencia. Tendrá capacidad para cien invitados, pero probablemente no invitaré a nadie, y solo, me distraeré en las noches con la proyección de las cintas de mis obras, de las cuales siempre me regalan ejemplares, así como también de otras películas.

¿Recuerdan mis lectores aquel Luis II de Baviera, el más artista entre todos los monarcas, que se hizo construir un teatro para él solo donde escuchaba al incomprendido revolucionario de un arte nuevo, que en Bayreuth disfrutó acaso las únicas horas de ventura de su tempestuosa existencia?

Prosigue el taumaturgo narrador de la batalla del Marne:

—Después de mucho viajar decidí fijar mi residencia en Menton, por su naturaleza, tan bella como la de mi Valencia, y su clima delicioso, pues me he convencido ya que el frío no es para mí. Dos veces, hace años, aquí en Nueva York, y una en París, yendo con mi espeso gabán de nutria, todo forrado de piel, me caí de espaldas, y comprendí que debo rehuir el frío.

Viví también algún tiempo en Niza, pero Menton es más tranquilo, teniendo todo el confort y refinamiento del lujo moderno, y el atractivo de la vida cosmopolita y alegre de Montecarlo, a unos minutos de distancia.

Las pocas veces que he estado en el Casino invariablemente he encontrado amistades norteamericanas, o personas de aquí a quienes no conozco, pero que saben quién soy y que siempre me vienen a saludar.

Recibo también muchas visitas de yanquis, algunos amigos y otros que vienen con cartas de presentación, y a todos les encanta catar los vinos de mi bodega. Tengo más de ocho mil botellas de champaña, sin embargo, yo bebo muy poco. Aquí estoy muy a gusto, porque no tomo más que agua, pero quise construir la bodega, porque parece extraño vivir en Francia y no tener bodega, y además me gusta mucho poder brindar a mis visitantes.

¡Hidalga hospitalidad de España! Al hablar don Vicente mi imaginación echa sobre sus anchos y recios hombros una flotante capa, coloca una tizona en la mano inspirada y viril que trazara *Mare Nostrum*, y pone en la otra el chambergo cuyas plumas barren el suelo cuando el hidalgo se inclina, dando la bienvenida a sus

huéspedes con la pródiga hospitalidad, proverbial en tierras de Castilla y del Mediodía.

A una amable indicación de Zárraga, nos cuenta el Maestro lo que le ha sucedido con el Japón.

Hace mucho tiempo se traducen obras mías al japonés, pero últimamente han despertado inusitado entusiasmo.

Cinco casas editoriales estaban trabajando en versiones japonesas de mis obras, cuando se enteraron de mi proyectado viaje, y al saber que llegaré al Japón el día de Nochebuena, me escribieron que preparaban un recibimiento en honor mío. Los ochenta estudiantes de español de la Universidad de Tokio iban a esperarme, y se preparaba un programa de fiestas en mi honor. Esto fue en septiembre, entonces sobrevino la espantosa catástrofe que asoló al país, y no he podido saber nada más de ellos. Un traductor japonés mío que reside en París, me dice que tampoco tiene noticias, y esto me apena mucho, pues sé por el ministro español en París, a quien se lo ha contado el ministro japonés, que así como otras naciones procuran exagerar sus desgracias para despertar mayor piedad en el extranjero, el Japón ha procurado, por el contrario, ocultar toda la gravedad de lo que ha pasado, y lo que se ha traslucido es nada al lado de la horrible realidad. De manera que no sé si al llegar al Japón veré que llegan a saludarme con banderitas, al modo de sus festejos, o si me encontraré entre ruinas, hallándome que han muerto todos los que me escribían.

Hay un silencio doloroso, y a una pregunta sobre las traducciones de sus obras, repone el Maestro:

—Acaban de hacer en Checoslovaquia la más bella edición que se ha hecho de mis obras, con ilustraciones del mejor pintor del país. *Los cuatro jinetes* tiene treinta y cinco ilustraciones que son verdaderos cuadros. Yo no sabía que eran tan artistas. Y siempre pagan escrupulosamente por derechos de traducción. Se creen en el deber de pagar y lo hacen religiosamente. En cambio, los italianos jamás pagan, se creen dispensados de toda obligación de hacerlo, y encima, son los que me dan más que hacer de todos mis traductores. Como estoy en la frontera de Italia vienen a verme personalmente y me vuelven loco. Tienen establecido un verdadero comercio de mis obras y se disputan los derechos de traducción. «¡Debe usted dármele a mí!», me dice uno. «No, debe dármele a mí, que yo tengo una mujer y cinco hijos», dice otro. Y ante semejantes argumentos, ¿quién se resiste? Luego, como son tantos, a lo mejor me confundo y doy derechos de traducción sobre la misma obra a dos, y hasta me han amenazado con demandarme.

—Por supuesto que en Francia tendrán verdadera devoción por usted —afirmo más bien que interrogo.

—Sí, allí me quieren bastante; pero data de muy antiguo, yo he sido amigo de Francia antes de la guerra. Mi primera obra, *La barraca*, fue traducida al francés en el 1900, y en el 1906 fui hecho oficial de la Legión de Honor. Contaba yo entonces treinta y tres a treinta y cuatro años y era el oficial más joven, al extremo que casi me avergonzaba de llevar la condecoración, pues todos me miraban con asombro, como creyéndome un farsante. Ahora me dijo Poincaré que lo único que

podían hacerme era darme la condecoración más alta de Francia, honor que solamente se confiere por los más grandes servicios y siempre a personas de tan avanzada edad que son verdaderas momias. No pude aceptarlo, y le dije que esperasen a que fuera más viejo.

Sobre este viaje escribiré un libro que se titulará *La vuelta al mundo de un novelista*, y el primer capítulo estará dedicado a Nueva York.

Será una sorpresa para muchos, pues pienso empezar con Nueva York, ciudad del arte, y continuaré demostrando que en efecto lo es, de arte gigantesco, fuerte, rudo si se quiere, pero arte.

Ante la charla fluida, brillante y franca del gran novelista valenciano, de asombrosa cultura y privilegiada imaginación, entre evocaciones pintorescas y relatos que mantienen nuestro más vivo interés los minutos se deslizan, pero no podemos olvidar que esa noche come con la bellísima Mrs. Hampton y su esposo, el magnate Brulatour, así que con indudable contrariedad nos despedimos del ilustre escritor que estará en tierra de Cuba cuando estas líneas lleguen a mis lectores.

En España la crítica baraja nombres, pero en el extranjero la unanimidad coloca el cetro de las letras hispanas en la mano de Vicente Blasco Ibáñez, mentalidad vigorosa con fulgores de diamante y solidez de encina; cuerpo recio y fornido, que ciñera cota de malla para matar herejes o conquistar mundos, y personalidad magnética que se da por entero generosa y cordial.

¡Continúe siempre prolífica la cosecha, que sus lauros y su gloria son lauros y gloria de la Raza!